

# El mundo en contravía (2014)

JUAN DIEGO MEJÍA

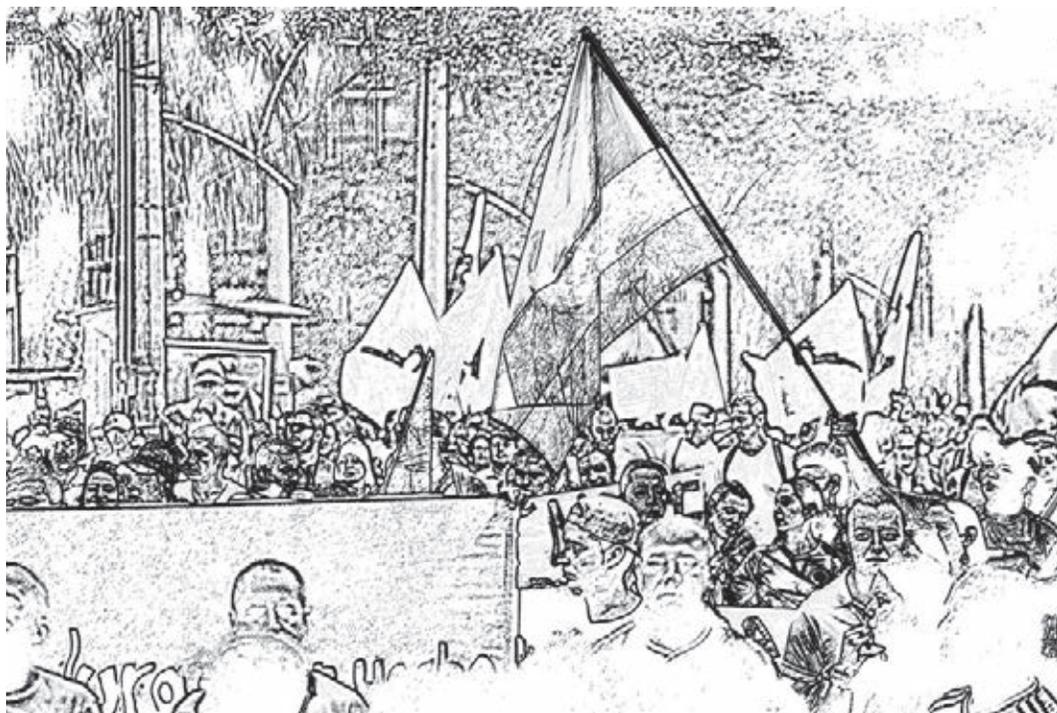
Narrador y periodista. Autor de la novela  
*Soñamos que vendrían por el mar* (2016).

No sé cómo decirlo sin que suene a disculpa. Franco y yo teníamos veinte años y ambos estábamos enamorados de Sole. Franco era mi único amigo porque los demás eran compañeros de clase, compañeros de cafetería, compañeros de asamblea y de manifestaciones. Franco era real y Sole una invención de los dos. La fuimos construyendo en las mañanas en el cafetín de Economía. Yo pensaba cómo vendría vestida: *jeans* ajustados a las caderas, camisa a cuadros, botón de arriba abierto como una ventana que nos quitaba la respiración. El pequeño brasier negro nos dejaba soñando en esos días en que todas los usaban blancos y grandes. Franco y yo nos volvimos expertos en lo que ocurría debajo de la ropa de las mujeres. O si no que lo digan los pasajeros del bus de aquella mañana camino a la universidad. Nos trepamos a pesar del nudo de brazos que no dejaban un centímetro de dónde agarrarse y poco a poco avanzamos por el pasillo hasta quedar en el centro. Franco me miró con una cara de felicidad que ya conocía. Había quedado justo junto a una pelada que al inclinarse se le hacía en el vestido un espacio donde flotaban unas tetas blancas y delicadas. Los pasajeros pasaban con dificultad por el punto donde estaba Franco y le reclamaban con la mirada para que siguiera hacia el fondo del bus. Yo sabía lo que estaba pasando y por eso no me extrañó cuando Franco gritó: A mí de aquí no me mueve ni el putas. Entonces el chofer detuvo la marcha y Franco se aferró a la

barra del techo y no se movió. No tenía brasier, hermanito, me dijo cuando nos bajamos en la Universidad. Te lo juro. Yo le creí porque la cara de felicidad no mentía. Esa expresión aparecía cuando Sole se sentaba con nosotros en la cafetería mientras se comía un buñuelo que le comprábamos con un café con leche. Ella se reía de todos los cuentos que le echábamos y de un momento a otro decía: Bueno muchachos, los dejo porque mi revolución está en Washington.

Sole era una provocadora. Nos dejaba hablar de la lucha de clases, de la propiedad de los medios de producción, del triunfo del proletariado y apenas metía frasecitas que nos desconcertaban, porque no sabíamos si en realidad estaba interesada en la teoría marxista o era una burla burguesa. Ella estudiaba Economía y sabía mucho de política internacional. Nosotros le decíamos 'La trotskista', porque siempre hablaba del conflicto en Asia y en África, y lo hacía con la propiedad de los intelectuales de izquierda. Pero en realidad ella no era trotskista ni nada; era solo una estudiante nerda que estaba destinada a ocupar cargos importantes en organismos internacionales. Mientras tanto estudiaba en la de Antioquia, usaba pantalones desteñidos, sandalias con pies desnudos, camisas medio abiertas y brasieres negros.

Sole era nuestra favorita entre decenas que desfilaban a las diez de la mañana por esa cafetería. Se imponía sobre las morenas de *african look*, superaba a las jipis gorditas.



Ni qué decir al compararla con las activistas que gritaban consignas y no miraban a nadie, y era mucho más bonita que las estudiantes normales que sólo querían ir a clase y graduarse rápido. Ella se fue convirtiendo en una especie de reina que cada día llegaba a sentarse en su trono unos minutos, mientras Franco y yo buscábamos argumentos para que nos quisiera más que a sus clases de Economía. Cada uno pensaba que iba ganando la pelea. Yo lo supe cuando cometí la torpeza de chocar con su cara al saludarnos. Sole giró el cuello y se agachó a dejar el bolso en la banca. Traté de seguir su movimiento para darle un beso y al levantarse mi boca tropezó con su oreja izquierda. De ese momento me quedó el recuerdo de una orejita suave, un cartílago blando y un penetrante olor a palosanto que nunca más pude olvidar. Franco se rio de mí. Pero ella dijo: A ver, otro beso pero sin mordisco, y me besó otra vez.

Franco tenía sus propias historias que le hicieron creerse ganador. Sole se metió entre los dos de una manera que amena-

zaba nuestra amistad. Era difícil creerlo porque siempre andábamos juntos y nadie pensaba que un veneno extraño nos estaba debilitando. Yo me di cuenta de eso la vez que nos metieron presos por haber apoyado una manifestación obrera en la cervecería de Itagüí. Era la primera vez que teníamos acción real: sin estudiantes habladores de mierda, fuimos al corazón de la clase obrera. Toda la semana habíamos acariciado la posibilidad de salir de la burbuja de niños que juegan a la revolución y cuando por fin llegamos al sitio donde nos íbamos a encontrar con todos los voluntarios para respaldar a los de la cervecería, me dio una emoción que se parecía más al miedo que a otra cosa. En el centro de una glorieta frente a la fábrica había un grupo de unas veinte personas que agitaban banderas rojas y gritaban. Franco me dio una palmadita en la espalda y empezó a gritar lo mismo que los de las banderas. No vi a nadie conocido. Ninguno de la U apareció en ese momento de verdad. Sólo Franco y yo. Gritamos un rato hasta cuando salieron unos hombres

Estuvimos cuatro días detenidos en la cárcel de Itagüí. Tal vez sería más exacto decir suspendidos en el infierno. El tiempo no pasaba y las personas que nos rondaban parecían salidas del inframundo. Franco estuvo todo el tiempo a mi lado. Me decía: No recibás nada, no aceptés invitaciones a los cambuches.

gruesos con cascos de obreros. Se nos van a unir, dijo alguien. Sí, ahí vienen tres. Y por qué vienen con radios. Son de seguridad. Tranquilos. Tranquilos. Eran de seguridad. Hablaban por radio con otros que ya habían llamado a la policía. No sé por dónde llegó una patrulla y varios agentes nos rodearon a Franco y a mí. Los de las banderas ya se habían ido. Corrieron sin que nos diéramos cuenta. Súbasen mariconcitos. ¿Nosotros? Arriba güevones. Y así terminamos en el volco de la camioneta, un policía recogió las banderas y las tiró junto a los pies de nosotros. Eran como las cuatro o cinco de ese domingo. Franco y yo solos, recostados contra el vidrio de la cabina de la patrulla. Mirábamos hacia el camino que íbamos pisando y yo no podía evitar pensar que el mundo andaba en la dirección equivocada.

Estuvimos cuatro días detenidos en la cárcel de Itagüí. Tal vez sería más exacto decir suspendidos en el infierno. El tiempo no pasaba y las personas que nos rondaban parecían salidas del inframundo. Franco es-

tuvo todo el tiempo a mi lado. Me decía: No recibás nada, no aceptés invitaciones a los cambuches. Si te llevan allá te crucifican entre siete, quedate aquí en el centro del patio. Entonces no recibí nada ni me dejé tentar por la idea de dormir bajo techo. No comimos casi nada porque nos darían ganas de cagar y allá en la letrina nos atravesaban. Estuvimos al sol y al agua. Yo me asfixié porque el miedo me daba asma. Pasé de pie la primera noche porque si me agachaba no me llegaba suficiente aire a los pulmones. Oímos todo el tiempo el radio de los guardias. Radio Cristal da la hora, son las nueve en punto. Y cantaban canciones campesinas. No hay nada peor que sentirse intruso en la intimidad de una familia. Nosotros éramos dos extraños en ese hogar de malandrines. No teníamos nada que hacer allí. Franco me vio llorar y empezó a hablar de Sole. Me consoló oírlo decir: Ahí viene caminando por el corredor, un pie adelante, luego el otro, mira para los lados como si no le interesara nada, entra a la cafetería y todos se detienen a mirarla, se acerca, ya nos vio, dejamos libre el espacio justo para sus caderas embluyinadas, ya está con nosotros, se recuesta en mi hombro, yo le miro el brasier, es el que nos gusta, me acaricia la pierna. Alcancé a verla y sentí el olor a palosanto muy cerca de mí, pero me dieron celos por la forma como hablaba Franco; entonces yo conté mi propia versión y así se pasó el tiempo hasta que Sole se deshizo en ese aire lleno de ladrones y asesinos en el que estábamos atrapados.

Los del sindicato de la cervecería nos sacaron en la mañana del cuarto día. El cielo tenía el color de las ratas, la gente de Itagüí que iba para los trabajos nos evitaba y se bajaba de las aceras a la calle. Franco y yo tomamos un bus para el centro y viajamos durante casi una hora sin hablarnos. Él en una ventana y yo en la banca de atrás. Nos bajamos en el edificio de las Empre-

sas Públicas y caminamos en silencio hasta la cafetería donde siempre nos reuníamos después de las manifestaciones. Extrañaba los buñuelos grandes y redondos como pelotas de béisbol, pero no mostré emoción cuando nos los sirvieron con Milo caliente. Tampoco hablamos. Luego nos despedimos sin abrazarnos y cada uno tomó su camino. Algo había cambiado entre los dos.

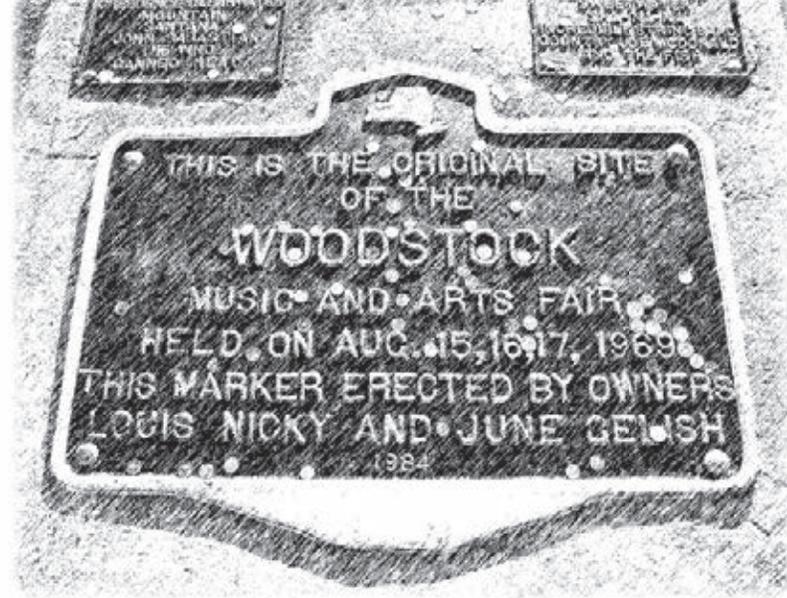
Seguimos yendo a la cafetería a las diez a esperar a Sole. Tal vez ella notó que no éramos tan locuaces y ya no tratábamos de impresionarla. Desde entonces era ella la que hablaba y nosotros la oíamos. Yo la miraba despacio, me gustaba ver que la lengua se le movía como una culebrita alegre. Decidí que Sole sería mi secreto y ni siquiera con Franco estaba dispuesto a compartirlo. Pero las cosas no podían seguir así entre él y yo. Me aterraba la idea de que ella lo prefiriera y también me torturaba pensando qué pasaría si yo fuera el escogido. Perdería a Franco o a Sole, o a los dos.

Empecé a faltar a las citas de las diez en la cafetería. Dejé de ir a algunas clases y mejor me quedaba en la biblioteca. Cambié la sección de libros de política por los pasillos de literatura y allí, entre Machado de Assís, Roa Bastos, García Márquez, me encontré un cuento de Borges que hablaba de dos hermanos que compartían una mujer y decidieron matarla y enterrarla para que no los separara. Ese cuento se me metió en las venas y desde ese momento sentí que debíamos alejarnos de Sole. El asunto era cómo decírselo a Franco. Volví a la cafetería de Economía mientras reunía fuerzas para hablarle del tema. Sole llegaba cumplida a las diez y todos los días estaba más bonita. Había cambiado los *jeans* desteñidos por unas falditas vaporosas debajo de las cuales caminaban unas piernas brillantes que me dejaban enfermo cada vez que las cruzaba frente a nosotros. Pensé en Borges como una solución. Franco, hermanito, esa mujer

nos está matando. Pero él no sabía de qué le estaba hablando, o no quería saber. Seguía tan embobado como yo y en la cara se le veía la ilusión de ser el escogido. Un día Sole nos dijo: Me graduó en quince días, y yo pensé nos va a dejar. ¿En quince? Sí, en quince me voy para Nueva York. ¿Para siempre? No, bobos, apenas voy a presentar unas entrevistas de trabajo. Pero algún día te vas a ir para siempre, le dije. Ella se enredó y no pudo contestar. Se tomó un trago de café y la cara se le iluminó cuando saludó a González, uno que decía discursos de derecha en las asambleas. ¿Sos muy amiga de González? ¿Lo conocen? No. ¿Quieren que se lo presente? Tampoco. Pensé que Franco iba a reaccionar después de ese encuentro, pero la justificó diciendo que ahí no había nada entre ellos. ¿Pero no viste como se transformó cuando el tipo entró a la cafetería? Nada, no vi nada. ¿No viste la cara que puso? No. Está metida con lo peor de las cavernas. Qué va.

Ese día cerraron la universidad. Nos hicieron salir a todos al mediodía porque los vigilantes habían encontrado un arsenal enterrado en la cancha de fútbol. Los grupos de izquierda se alborotaron y citaron a asamblea, pero cuando llegaron al Teatro lo encontraron cerrado. Franco me dijo que era mejor irnos antes de que se armara el jaleo. Ninguno quería repetir la experiencia de Itagüí. Entonces salimos. Los dos íbamos pensando en Sole, pero no la mencionamos. Un primo tiene una casita en Oriente, llevémosle una botella de vino y pasemos un rato allá con él y la mujer. No está mala la idea, pero prométeme que no hablamos de Sole. Prometido.

En el camino compramos una botella de vino para el primo y una de ron para nosotros. Franco me dijo que en realidad no era un primo sino un familiar lejano que había viajado a Estados Unidos para asistir al festival de Woodstock y desde entonces se alimentaba de hongos y marihuana en



una casita campesina en la vía a La Ceja. De Woodstock se trajo a una gringa diez años mayor que él. Es posible que te parezca rara la casa. ¿Muy jipi? Mucho. No tiene paredes ni siquiera para el baño. Uno puede ver todo. Cómo así que todo. Hacen el amor a los gritos. Ella pasa desnuda encima de uno y se sienta en el inodoro sin problemas de pudor. Y qué tal está la gringa. Mejor te la imaginás, no te digo más.

Ninguno de los dos era bueno para tomar, pero algo nos decía que en esa botella de ron estaba el consuelo para el desamor de Sole. El bus nos llevó por la carretera de Las Palmas, luego a Llanogrande y por último tomamos hacia La Ceja. Franco iba al lado del chofer, listo para decirle dónde nos debía dejar. Lo vi dudar pero no me importaba porque el ron ya me había abierto puertas para soñar en silencio. Sole iba conmigo y Franco no debía enterarse. Nos bajamos junto a una fonda donde unas mulas enjalmadas esperaban amarradas de un árbol. Las moscas se les paraban en las orejas y las hacían mover la cabeza. Franco entró a preguntar por la casa del primo y yo me quedé afuera mirando las mulas. Dicen que nos bajamos antes de tiempo, que el primo vive un kilómetro más adelante. No importa Franquito. Nos dimos un trago largo de ron y echamos a andar. Después de un rato de camino llegamos a una fonda parecida a la anterior. Con razón Franco se

confundió, pensé. Nos metimos por un deshecho a un lado de la carretera. Ya me acordé, hay que caminar hasta una quebradita y luego seguimos el cauce hasta la casa del primo. Y yo le dije ¿no creés que sería bueno comprar más ron en la fondita? Franco miró la botella contra la luz de la tarde. Nos quedaba menos de la mitad. El primo debe tener. No importa, llevemos media más. No contestó. Tomamos otro trago y seguimos caminando. Yo no insistí porque pensé en el regreso por ese mismo camino cuando ya no hubiera luz. La hierba estaba húmeda y el paisaje tenía un tono verde intenso. Bajamos en busca de la quebrada y pensé en un cuento de Rulfo. El alcohol me había dado poderes especiales para transportarme en el tiempo y volverme un personaje de ficción, entonces por un rato fui el hombre que huía de la policía de Jalisco mientras en la cabeza le daba vueltas la noche en que mató a machetazos a toda una familia. Franco y yo estábamos huyendo de Sole. Estar allí en esa montaña desconocida era una manera de escaparnos de ella. Esperá, Franquito, dame otro trago que estoy muy triste. Vean a este con las que sale. Salud. Salud. Y por fin encontramos la quebrada. Luego subimos. Los pies se nos hundían en la manga tupida. Había olor de boñiga en el aire. Debían ser las cuatro o cinco de la tarde.

La casa estaba cerrada y el sol pegaba en la pared de tapia. Franco y yo nos refle-

jamos en la puerta de madera antigua. No están. Esperemos, él casi nunca se mueve de aquí. Está bien, esperemos. La imagen que traía del primo no casaba con el aspecto de ese lugar. Creí que iba a encontrar una cabaña de madera y al lado una camioneta decorada con flores y corazones de *peace and love*, pero en cambio estábamos frente a un rancho miserable rodeado de maleza que lo hacía parecer abandonado. Nos sentamos en el quicio de la entrada y de inmediato se apagaron todos los ruidos interiores que traía desde el momento en que Sole saludó a González en la cafetería. Pude oír el sonido del agua en la quebrada, y el de los sapos que se preparaban para salir a andar por los alrededores. Bebimos en silencio. Dejamos que cada trago hiciera su recorrido de fiesta por el cuerpo y a ninguno se le ocurrió que debíamos hablar. Terminamos la botella de ron y luego Franco sacó una navaja para descorchar la de vino que le llevábamos al primo. Todo iba bien, el alcohol nos estaba ayudando a calmar la tristeza. Pero las cosas cambiaron cuando Franco empezó a decir en voz alta un poema de Neruda. Hablaba del viento y del amor. A pesar de que no mencionó a Sole, me pareció una violación del pacto que habíamos hecho antes del viaje. Sentí como si alguien me diera una puñalada en la espalda. Manoteé como un loco al que tratan de meterlo en una camisa de fuerza. Franco estaba demasiado cerca de mí y no calculé bien mis movimientos. Él se tomó la cara con la mano derecha y con esa misma me lanzó un golpe en la oreja. La botella de vino estuvo a punto de caerse mientras yo iba a dar a la manga mojada y oscura. Desde el piso vi cuando Franco agarró la botella, la lanzó al cielo y gritó como si se fuera a morir. Después él cayó a diez metros de donde yo estaba tratando de entender qué había ocurrido.

Yo no quería levantarme. Dejé que los minutos me pasaran encima de la cara y me

hicieran olvidar. Tal vez cuando me pusiera vertical todo estaría como antes y podríamos seguir la vida. Aplacé el momento de mirar de nuevo a Franco a los ojos. Los dos esperábamos un milagro porque ninguno hacía el intento de pararse. El cielo oscuro daba vueltas. El viento negro soplaba fuerte y no dejaba oír el sonido de la quebrada. Una sombra se levantó de mi lado y dando tumbos se perdió detrás de la casa que ahora parecía más abandonada. Mi sombra también se levantó y caminó hacia los árboles grandes que formaban una fila. Desde allí pude ver la casa de paredes blancas, unas columnas de madera sostenían el alero de tejas. Detrás estaba Franco. Quién sabe qué estaría pensando. Tal vez pensaba en Sole, en su boca, en sus piernas, en su brasier negro. Decirlo no me dolió como antes. Entonces repetí en voz alta: la boca de Sole, las piernas de Sole, toda Sole. Ahí estaba. Fue apareciendo despacio, cada vez más clara la imagen, segundo a segundo se hizo más real. Estuvo allí esa noche y me dio un beso eterno que dejó el aire cargado de su olor a palosanto y su cuerpo se deshizo en un grito húmedo. Desapareció por completo cuando toqué el agua fría de la quebrada.

Necesité un rato a solas para tomar fuerzas y salir al encuentro con Franco. Él salió de la parte de atrás de la casa y yo caminé hacia donde me esperaba. No tuve que preguntarle nada. Iniciamos el regreso por la trocha que llevaba a la fonda de las mulas, luego a la otra fonda y después de muchos kilómetros llegamos a la carretera principal, donde nos recogió una pareja joven en una camioneta. Otra vez íbamos en el platón viendo al mundo moverse en contravía. Pero ya no nos llevaban para la cárcel ni estábamos asustados. Recostamos las espaldas contra el vidrio trasero de los dueños del carro y dejamos que el viento frío de la noche acabara de borrar las huellas de la tristeza. ■■